

PROSA Y VERSO

Periodico literario

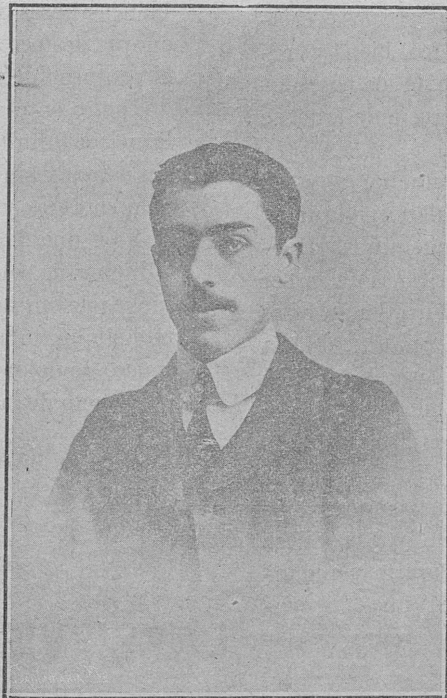


Redacción y Administración: Pedro de la Gasca, 7

Año II.—Segunda época.—Núm. 30.

AVILA 28 DE MARZO DE 1908

NUESTROS COLABORADORES



José Mayoral Fernández.

SUMARIO

Entre sábados, por Nanclares.—Sonetos Eróticos, por Pedro A. Morgado.—La sirvienta Catalina, por Federico P. Olarría.—A. Castilla, por Cecilio Benítez.—Epístola, por Bonifacio Chamorro.—Desengaño bienhechor, por Guillermo García.—Ecos de Sociedad, por *El Diab'lo Cojuelo*.—La buenaventura, por Angel H. Galindo.—Picadillo.—Apartado de „Prosa y Verso” por El Cartero.



Por
Nanclares

No se asusten ustedes.

La indisposición repentina que me impidió hacer el *Entre sábados* pasado no fué cosa de mayor importancia. Total resultas de ejercicios cerrados. Es decir un cólico cerrado por resultas de los Pepes y de unos langostinos que se me pusieron de punta en el estómago bailándose un kake-val impertinente. Ya pasó todo, con oportunidad por cierto; pues hubiera sido una verdadera lástima que en esta época tan propicia para ocuparse una de las preciosas criaturas que tenemos en Avila para único bien y recreo de los contemplativos y disfrute de los poseedores, hubieran tenido ustedes la desgracia de que se malograra el pobrecito de mí.

¿Verdad que lo sentirían ustedes mucho?

Yo lo creo así; sé que todos me quieren; algunos, mal pensados, me dicen que tengo enemigos. ¡Enemigos yo! ¿Por qué habría de tenerlos? Puede ser enemigo mio el que le suelte una chirigota en estas croniquillas ó un chispazo en el *Heraldo*?... Haría mal en serlo; si yo molesto alguna vez bien sabe Dios que no es esa mi intención. Puedo asegurar á ustedes que soy un pobrito infeliz con mas sana intención que una palomita sin hiel.

¿Que motivo de ofensa podría haber para esa joven ondina de voz de rosicler porque yo la dijera que sentada me parece un ave del Paraiso y andando á saltitos como lo hace me parece una cucuruchona? ¿Por qué podría ofenderse ese padre de familia que tiene el mal gusto de llevar á sus niñas vestiditas como por contrata, siempre una á cada lado y con idénticas vestimentas? ¿Podían tomar á ofensa esa colección de pollos insulsos de la serie 13, que parecen fototipias andantes de la ridiculez provinciana y se las dan de *spormans* seducto-

res, porque yo les dijera que son el colmo de la inutilidad ó sea una especie de paraguas en día de ventisca?

Si por estas bromitas inocentes pudiera molestar-se nadie y ser enemigo mio ¿que va á ser de mí cuando empiece las croniquillas del Mercado Grande, San Roque y la Carretera, en las que tengo tanta tela preparada para cortar? Nada, nada, no creo que nadie pueda ser enemigo mio si nó por cosas tan nimias al par que entretenidas; pues no negarán ustedes que á muchas y muchos les sirve de entretenimiento saber que Fulanita se pinta los labios con el papel de un abanico veijo y las cejas con hollín de la chimenea y que el Menganito se dá sindetición en el cabello y se pone horquillas en los tufos por las noches para tenerlos rizados al día siguiente.

Estos secretos intimos gustan á los unos y no creo yo que sean materia suficiente para que, los otros, quieran hacer un autó de fé con este pobrecito de mí.



Sonetos Eróticos.

II.

LA DESILUSION

Yo tengo entre mis horas de amargura
blancas horas de triste desaliento
en que destaca su silueta oscura
el contorno de algún presentimiento.

Tengo en esos instantes de tortura
la negra infinitud de un firmamento
sin astros y sin luz y sin ventura;
¡con sombras y con frio y con tormento!

Y en una de esas luchas interiores
—luchas de soledad, luchas de horrores,
luchas de sin igual desolación—
te dediqué un soneto muy sombrío,
soneto de dolor y desvario,
¡El soneto de la desilusión!

PEDRO A. MORGADO

Sevilla 1908



LA SIRVIENTA CATALINA

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS)

(Conclusión)

III

Mi memoria de niño había guardado el recuerdo de esta singular sirvienta. Años después, recordaba

como si presentes estuvieran, todas las escenas de mi niñez en que ella había intervenido: desde aquellas lejanas en que me hacía saltar sobre sus rodillas, hasta el extraño rasgo suyo de abandonar sus ahorros, rasgo que por más vueltas que le daba no lograba comprender.

Diez años más tarde de la muerte de mi tío, un día que hice una excursión en bicicleta, la casualidad me condujo á un pueblecillo de Berry, y cuál no sería mi asombro al encontrarme en el recodo de un sendero con la sirvienta Catalina, muy envejecida, muy encorvada, tan encorvada que al verla andar, creyérasela ocupada en recoger hierbas del campo.

¡Por qué viviria tan pobremente en aquel lugar la buena vieja, habiendo economizado en nuestra casa lo que hubiera podido darle reposo y seguridad en los últimos años de su vida? ¿Qué había determinado tan extraña conducta?

Estas ideas me asaltaron al verla y tendiendo los brazos me dirigí hacia ella:

—Buenos días, Catalina. ¿No me reconocéis?

Me miró con atención, se pasó la mano por la frente surcada de profundas arrugas; de pronto se iluminó su rostro, y exclamó, temblorosa por la emoción:

—¡Ah! ¡Ya lo creo! ¡Si! ¡Sois el señorito Enrique!

Y cogiéndome por una mano, añadió:

—Venid, venid á mi casa. Tengo una grande alegría en volveros á ver.

Llegamos, tras corto caminar, á la solitaria y humilde vivienda de Catalina. Un lecho rústico, una mesa coja, dos viejas sillas de paja, y, sobre la chimenea el retrato de mi tío joven constituían todo su ajuar.

Sentados al amor del fuego del hogar, platicamos largo tiempo.

—Catalina,—le había dicho.—Es doloroso encontraros tan lejos de nosotros, después de diez años. Os creíamos ya muerta.

—¡Si!—murmuró ella.—Muerta... Puede decirse que lo estoy. ¿No tengo ya cumplida mi misión en el mundo?

—Quiero que me expliquéis el misterio de aquella inesperada partida, la causa del abandono de vuestros salarios.

Catalina bajó la cabeza y miró el fuego.

Después de una larga pausa, sin apartar la vista de la lumbre dijo:

—Yo recibía el salario por no disgustar á vuestro tío. Si lo hubiese rechazado M. Bourgueil se hubiera enojado conmigo; pero... en realidad nada me debía.

—¡Nada me debía!—repetí yo sorprendido.

Sin embargo llevabais en la casa cincuenta años sirviendo. ¿No lo hacíais para ganar vuestra vida con un honrado trabajo?

—No, señorito Enrique; lo hacía para velar por la felicidad de mis dueños. Muertos los dos nada me correspondía hacer allí.

—En verdad que no os comprendo—repuse.

Después de algunos instantes de silencio, en los cuales revolvió el fuego con las tenazas, se volvió hacia mí, contemplándome con ternura. Estaba muy pálida. Con una voz lenta, entrecortada por la emoción, me habló de la siguiente manera:

—Os contaré el secreto de mi vida. Quiero satisfacer vuestra curiosidad, por lo mucho que os he querido y os quiero. En otro tiempo... hace mucho tiempo, nosotros nos amamos... vuestro tío y yo. Si; nos amamos locamente. Eramos muy jóvenes; él, discípulo de la Escuela politécnica, yo sirvienta en casa de su madre. Esta santa señora me había recogido por caridad cuando al morir mis padres me encontré sola en el mundo á los doce años de edad, abandonada de todos.. Parece que yo era bonita, al menos vuestro tío me lo decía, pero yo no le le amaba por aquellos cumplimientos; mi afecto no tenía más que un deseo, un sueño; hacer su felicidad, correspondiendo así á la generosidad con que me recogieron y al amor con que todos en aquella casa me trataban. En un principio, me pareció que su dicha estaría en ser yo su compañera, marchándonos luego lejos, muy lejos, dedicándome toda una larga vida á velar siempre por él.

Una tarde me dijo con su habitual franqueza y claridad:

—Catalina, ¿deseas tu llevar mi nombre? Quiero que tu seas mi mujer.

Yo le miraba procurando sondear su corazón. ¡Oh! en sus ojos todo era lealtad, cariño.

No obstante... rehusé.

¡Si! ¡Rehusé! Tuve este valor después de meditar varios días sobre lo que me había propuesto. Comprendí claramente que ser la mujer de este hombre tan querido de los suyos, quienes habrían de disgustarse y disgustarle mucho cuando él les diese cuenta de sus deseos y viesen la pobre y baja clase de la elegida de su corazón, hubiera sido destruir la paz de aquella familia que tanto bien me había hecho. Ante vuestro tío se abría un hermoso horizonte de gloria y felicidad... aceptando su mano, hubiera destruido tal vez su porvenir.

Y yo le amaba demasiado para preferir mi felicidad á la suya.

Supuse que fingiendo en lo sucesivo indiferencia y frialdad, no tardaría mucho en olvidarme.

Obligada á responderle le contesté que no podía aceptar tanto honor como pretendía hacerme, porque mi corazón no le amaba.

Mucho se estremeció cuando le dije estas palabras. No las quería creer; pero, con el tiempo... las creyó verdaderas. Nuestra mútua simpatía, nuestras ex-

pansiones, juegos é inocentes diversiones no fueron para él más que gratos recuerdos de la vida estudiantil. Olvidó sus proyectos y nunca me volvió á hablar de ellos ni de su amor. Cuando murió su madre, y quedó solo, temí por él, por su dicha, pues conocía que siendo tan extraño el carácter de este niño grande, necesitaba singulares cuidados y atenciones para hacerle dulce la existencia. No había más que un medio para esto: quedarme en la casa como sirvienta.

Y yo he tenido el consuelo de ver que mi sacrificio no debía ser vano. Llegó á ser un sabio, un gran hombre...

Un día se casó con una mujer digna de su nombre.

Mi ama tuvo en mi una sirvienta atenta y fiel durante los veinte años que vivió casada.

Lo demás ya lo sabeis. ¡Qué he de deciros?

Muerto vuestro tío, me vine á este lugar donde tengo parientes, dejando allí mis salarios porque mis servicios no fueron por lucro sinó por reconocimiento y por amor; y el amor nada tiene que ver con el interés. Finalmente, vivo en esta casita solitaria, para poder libremente consagrarme á mis recuerdos.

Mi vida no ha tenido más objeto que la felicidad de vuestro tío. Y creo, siendo esto el consuelo de mi vejez, creo que ha sido dichoso...

El fuego moría en el hogar, y la pobre Catalina, sentada junto á la lumbre, un poco fatigada por su relación, las manos sobre las rodillas, contemplaba fijamente los últimos tizones...

Por la traducción,
FEDERICO P. OLARRÍA



A CASTILLA

Castilla: en tus pendones altaneros
aun palpita el vigor de tus campañas
y aun vibran en tu historia las hazañas
de tus bravos é indómitos guerreros;
son tus hijos, patriotas verdaderos,
honra, gloria y tesón de las Españas,
y no osaron jamás gentes extrañas
humillar la arrogancia de tus fueros.
De tu ideal en lo profundo hay algo
como la fé española del hidalgo
de agudo acero y lanza al estricote;
y tu pensar, repleto de esperanza,
no es el del egoísta Sancho Panza,
sin el alto pensar de D. Quijote...

Cecilio Benitez.

EPÍSTOLA

A Angel H. Galindo.

A cariñoso llamamiento me ha sonado el artículo que en PROSA Y VERSO me dedicas, regocijado y bonito como cuadro de juventud. Y después de 263 años en que no sabía de tí, tu dedicatoria, ráfaga de amistad antigua, me ha traído convicciones de afecto, que desgraciadamente le hacen bastante falta á mi excepticismo. En este agitado mar de afecciones falseadas y cariños circunstanciales, admira que haya un recuerdo que no naufrague.

Veo por dicho artículo que vives en Sevilla y que te has asimilado la alegría de su sol y de su luz. Haces bien. El público debiera condenar al martirio á todos los que escribimos la amargura del existir. Vosotros, los que escribís alegres, ocultando quizá tristezas propias para recrearos en las risas ajenas, los únicos que teneis derecho á la estimación pública. Vosotros sois menos egoístas que nosotros, ó menos rebeldes, ó sencillamente más lógicos; y aunque yo no conceda al lector la soberanía suficiente para exigir, pues para eso tiene el recurso de no leer; comprendo que debe apreciaros más á los que procurais no acibararle la existencia: Vuestros artículos son un bálsamo que le cuesta poco, y fuerza es que le estime, aunque no sea más que por lo barato que le cuesta; sobre todo estando en mayoría los que no entienden que puede servir también de consuelo la digna expresión de una pena. Y tu, aunque escribes festivo, sabes que á veces un libro que nos hace llorar nos quita de encima mucho más pesar que una risotada.

¿Joven escrito? Bueno. Yo no sé si con mis 23 años tengo derecho á llamarme joven, ni si por mis escritos tienes razón al llamarme escritor; pero barrunto en el adjetivo un poco halago que quiero agradecerte. Siempre suena bien la palabra «joven» delante de cualquier otra que denote un Arte, una Ciencia, una Belleza ó una Vida. Gracias. Pero si no temiese robar á PROSA Y VERSO demasiado espacio con filosofías que le restarían lectores, yo haría en esta Epístola consideraciones sobre lo convencional de esas dos palabras. La juventud no ha de medirse por el agobio de los cuerpos, sino por el agotamiento de los ideales. Pueden muy bien ocultarse cincuenta años en una altiva frente sin arrugas, no coloreada por más de veinte primaveras. Del mismo modo pueden vivirse muchos años y seguir en la infancia, y puede escribirse mucho sin ser escritor, y ser un gran escritor sin haber escrito casi nada.



No quiero cansarte más, amable amigo. A tu regocijado artículo correspondía más alegre contestación. Pero yo no te la puedo dar, y me limito por eso á estas notas insulsas, felicitándome de saber de tí, agradeciendo tu recuerdo, y aconsejándote que no te separes de la senda que sigues, en la que todo es para tí una broma. Los que toman en serio la vida no ganan para desilusión. Haces bien en tomarla tu á chirigota.

BONIFACIO CHAMORRO.



Desengaño bienhechor.

Dulce y apacible se oía en la obscura penumbra del templo, á través de su silencio, majestuoso en la soledad inefable, el eco embriagador de una armoniosa plegaria.

«¡Oh, Jesús mio, Dios de bondad, yo imploro tu perdón, reparador divino que borre el recuerdo doloroso de mis desvíos! Yo pequé anegando la luz que en mi espíritu alumbraba la idea pura de la eterna salvación en el cielo de los placeres mundanos!»

Y se desvanecían dulcemente aquellos ecos rítmicos por las bóvedas repercutientes, llenas de sombras ya despojadas de las últimas semiclaridades de una luz crepuscular.

Llegaban á los oídos aquellos acentos fervorosos con una tan suave armonía, que el alma se sintió conmovida y llena de encanto. Voces escapadas de un vivir intenso, que parecían exhalar las notas melancólicas de un corazón herido.

«¡Yo imploro tu bondad, oh Dulce Amado! ¡Oveja descarriada vuelvo á Ti, ya arrepentida del pecado que cándida acaricié!»

No era su rezo de los que se balbucean con el corazón inerte y la frialdad en los labios. Del fondo de la plegaria salía un eco de dolor.

Un sentimiento de dulce amor se elevó en mi alma ante la patética plegaria, que hirió hondamente las fibras sensibles de mi corazón. Nada más conmovedor que el presentimiento de ocultos sentires que expresan el dolor en esos dejos de amargura que se escapan con ternura del alma doliente, porque esos lamentos de la vida, suenan siempre en nosotros como gritos perdidos del propio sufrir.

La intensa manifestación de la íntima vida pasional, lleva en sí los misterios del enlace de las almas en los estremecimientos de una pasión. ¿Supremo interés ó infinita bondad? Yo no lo pude comprender jamás.

Hay pensamientos nobles que fecundan sentimientos de apacible bondad; hay también ideas calculadoras que miden egoístas los afectos del alma, amando al fin con intenso amor; hubo en aquél momento en que oraba aquella mujer, una fuerza espontánea en mi corazón que despertó súbita puras ternezas y santos amores.

Hallé en aquella voz que se apagaba lentamente una vez estendida por los ámbitos de las tinieblas, la lamentación patética que el instinto aprehende en la noche con deseo ferviente; que hasta son más propias las sombras para que el alma penetre con emoción á través de las borrascas de los corazones.

Se extinguió su rezo. Un silencio profundo reinó en aquellas soledades sagradas. De pronto, del seno de aquella paz augusta brotó un sollozo ahogado.

«He ahí una mujer,— pensé,— que lava sus culpas con lágrimas de verdadero arrepentimiento. Las vicisitudes del camino de la vida, la han traído á sendas de salvación. Cierra la esperanza á las dichas terrenales y implora á Dios. ¡Feliz ella que creyente, aun en su dolor, puede saborear una alegría que la llene con la fé de lo ideal!»

Seguía sollozando, y á veces, se escapaba de su pecho un gemido doloroso.

De pronto, de la parte del cancel, se oyó un estrépito de puerta acabada de cerrar, cuyo eco repercutió estruendoso por las naves. Y avanzó una sombra más que se desvaneció en aquellas obscuridades. Después de un momento, luces pálidas y amarillentas acabadas de encender, iluminaban con reberberación tétrica, en el altar sombrío, la faz doliente del Redentor.

Se destacó en aquellas claridades moribundas la mujer que gemía. Con lánguido movimiento se levantó pausadamente. Y retrocedió hasta el cancel saliendo del templo. Salió enjugándose los ojos, sin duda para desterrar de ellos toda huella de llanto. Y ya en el pórtico, pasó rozando junto á una pareja, hombre y mujer todavía acaso enfrente de la vida, que tenían sus cuitas de amor allí donde los angeles pudieran velar su pureza.

Se estremeció al pasar junto á ellos. Oyó sin duda una expresión varonil y una sonrisa angelical de virgen tímida. «¡Ellos! ¡Ellos eran!» Y sintió un amargo rencor que brotaba del mismo sitio acaso del corazón donde un momento antes hallara ternuras una oración fervorosa.

Huyó más que se fué de aquel sitio que tan de improviso la evocaba bruscamente, de nuevo con aquel idilio que vió, un acuerdo que acaba de ahogar en llanto reparador. Su sentimiento halló el desconsuelo que acarrearán las investigaciones perspicaces en el alma humana. Comprendiendo cuán hondas huellas deja en el corazón un amor ido tan de improviso, y qué fugaces son las promesas que

balbuca la fe de una pasión, sintió acre amargor ante las cosas perecederas. El despecho intenso de su corazón se tornaba melancólico desdén. Rió con risa amarga al pensar en el mágico poder ejercido sobre un hombre por el roce de una falda en una noche de baile. Y al meditar sobre la intensa alegría que infunde en el alma un ideal que perdure hasta la muerte, porque espera más allá los albores de la eterna dicha, su corazón sintió una pena, porque una vez le cegaron los presentimientos de finitos placeres...

Guillermo García.



Pues señor,—asi se empiezan los cuentos,—yo, aparte de *recordar* á mis lectores algunas noticias, me encontraba esta semana sin saber qué decirles; pero en casa de un querido amigo me dan la noticia de que en el *A B C* del jueves, viene la fotografía ó fotograbado del fantasma que ha tenido *aterroizados* durante varios días á los sencillos habitantes de esta ciudad y me digo; *Pues señor*, ya tengo asunto,

En seguida me dirijo á las casas en que se venden periódicos para adquirir el *A B C* é informar á mis lectores... ¡Oh, desencanto! no encuentro ningún ejemplar.

Ante esta desgracia tan grande, y no queriendo preguntar directamente á quien comprendiera yo podía decirme algo, me dedico,—y ustedes perdonen la franqueza, por lo que de indiscreción pueda tener el acto,—á reconcentrar cuatro de mis sentidos en el restante, el de oír.

Cojo palabras al vuelo; oigo fragmentos de diálogos; veo á persona que guardan ejemplares del repetido *A B C*, y entran sin embargo, en casa de Pedro á comprar otros que no encuentran; me parecen estas personas intrigadas como yo en adquirir datos.

Cuando tengo mi *labor inspectora* realizada, enciendo un pitillo, y me voy al centro de la Plaza del Alcázar á fumar, á coordinar los retazos cogidos al vuelo y formular mis conclusiones.

Lectores míos, todo un proceso, y á todo esto,

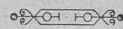
oyendo decir que el fantasma del fotograbado es persona conocida en esta localidad, y sin conseguir saber su nombre.

Ya sabrán mis lectores que salieron para Madrid y la provincia de Segovia los Señores de Arenal é hijos; que pasaron entre nosotros breve espacio de tiempo, nuestros representantes en Cortes Señores Ortuño y Amat y el exministro de Hacienda señor Osma; que del Arco denominado del Adaja se desprenden peladillas que pueden dar á uno que sentir; que forman parte de la comisión organizadora del festival de la Cruz Roja D. Joaquín Delgado y don Manuel Canales; que nuestro compañero Sr. Salgado oficial de la Tesorería de Hacienda fué destinado á la Administración y nombrado para su vacante D. Fernando Gaudáségui; que la enfermedad del padre de nuestros amigos D. Senen y D. Lucas Martín tuvo el funesto desenlace que se preveía por lo que damos á dichos, nuestros amigos y demás familia, el más sentido pésame y que en el Coliseo Abulense se hacen obras que permitan abra en breve sus puertas *adornado con todas las de la ley*.

EL DIABLO COJUELO.



LA BUENAVENTURA



(CUENTO ANDALUZ)

Para el aplaudido autor Luis Fernández Gardía.

I

—Adio; rosa temprana. Con esa carita de *ange* y la gracia que por too tu cuerpo revosa, vas á se más soná que las personas reales.

—¡Osú, la gitana!

—¿Te asusta mi presencia?

—Si... no....

—¿En qué queamos?

—En eso, que no... La esperaba á usted: tenemos que hablá.

—¿Penillas?

—Argunas... Juan Antonio, mi novio, que entavía no sa dignao aparesé hoy por estos lugares,

— ¡Hola, hola!

—Lo tenía citao pa las sinco, y ya son las sinco y cuarto...

—Eso no tié importancia.

—¿Cómo que nó, señora? ¿Se la parece á usted?

poco que una se lleve catorse minutos de espera, sin sabé si al hombre de sus quereles la habrá ocurrido alguna desgrasia, estará con otra, sabrá muerto?

—Eres más atolondrá que un gorrión, chiquilla. Digo que eso no significa ná; si se echa mano á la *güena ventura* ¿entiendes? Ella te explicará su tardanza, esto es, si está malo, si te quiere, donde está.

—Eso, eso es lo que quiero sabé.

—Trae esa mano y escucha... ¡Horror de los horrores!... Niña, ese hombre no te quiere... ¿Ves esta raya que monta encima de esta? Nos representa á Juan Antonio, que en este mismo instante corteja á otra muchacha. Ella le corresponde y los dos mu juntitos se marchan al Parque.

—Eso no pue sé.

—Esta otra raya lo confirma. Nunca se equivoca.

—Basta, no quiero sabé más... ¿Quién me lo iba á deci? ¡He sio una tonta en quererle tanto como le quiero!... ¡Ingrato! ¡Perjuro! ¡Mal hombre!

—Niña no te pongas asin..., otro te querrá. Eres demasiao bonita pa que te falte novio.

—Basta; basta ó le tiro una maseta. Ahí va su perra.

—Güeno, mujé, adio... Estas cosas der queré, son como er tiempo: hay que tomarlas según vienen,

II

—Rumboso, ¿quieres que te diga la *güenaventura*?

—Déjeme usted en pá: me estará esperando impaciente mi novia,

—¿Tu novia?.. ¿Una con el pelo mu negrito y risao, y unos ojazos mu grandes que paresen que jablan sólos?

—Sí, esa.

—No te quiere, te engaña... lo sé mu bien. Dame una perrita gorda y la *güenventura* te dirá cosas que *iznoras*.

—Tome usted y acabe pronto,

—Trae la mano. ¿Ves esta raya que monta sobre esta? Nos dice que tu novia está de palique con otro, que es ar que ella quiere.

—Imposible, no lo creo.

—Lo confirma esta otra raya. Nunca se engaña.

—Basta, no quiero saber más. ¡Maldición! ¡Nunca la creí capá de semejante infamia!... He sio un tonto en quererla tanto.

—Hijo, no tapures... Mujeres hay en er mundo de sobra... Y más para un güen moso como tú,

—Vaya usted ar cuerno, bruja er demonio.

III

—¡Ingrato!

—¡Ingrata!

—¡Falso!

—¡Falsa!

—¿Quién t'apuesto la cabeza asiu?

—La gitana.

—Esa misma ma puesto ar corriente de tus sinvergonzoneras. Que hoy en vé de venir á verme, te ocupaste en *camelá* á una muchacha, que fuiste ar Parque con ella..

—¡Mentira!

—¡Verdá!

—Y á mi ma dicho, que mientras yo ansioso corría á la vera de mi Lolilla, ella se entretenía con otro; sin acordarse para na, der santo de mi nombre,

—¡Eso no es cierto!

—¡Eso es verdá!

—¡Mentira!

—¡Falso!

—¡Falsa!

.....
—Lolilla, ¿y si la gitana se burló de nosotros pa sacarnos las perras?

—En eso mismo pensaba. Yo estoy mu tranquila con mi conciencia.

—Y yo con la mia.

—Te juro que mi único amor eres tú.

—Y yo que no quiero á naide más que á ti.

—Olvidemos esto: la gitana se *pitoreó* de nosotros.

—Eso es lo que yo deseaba. mi arma.

—¿No te volverás á acordar de ella?

—Er día que la vea la retuerso er pescuezo; er disgusto que nos ha hecho pasá, lo tie que purgá con la muerte.

—No, de ninguna manera; debemos de perdonarla. Sus embustes han puesto á prueba nuestro amor. Por ellos sabemos cuán grande es nuestro cariño.

—Como que er mundo entero es mu poco pa contenerlo.

—¡Juan Antonio!

—¡Lolilla!

ANGEL H. GALINDO.

Sevilla, Marzo 1908.



Para su mayor publicidad, reproducimos gustosos á continuación, las bases del concurso organizado

por nuestro querido colega local *Heraldo Mercantil*, al que hacemos presente nuestro sincero agradecimiento por la atención dispensada á PROSA Y VERSO, al designar á su Director para formar parte del Jurado que ha de calificar los trabajos que se presenten al referido concurso.

B A S E S

1.^a El *Heraldo Mercantil*, concederá un premio consistente en un objeto de arte al autor de la mejor poesía, metro libre, cuyo asunto sea: La Cruz Roja.

2.^a No podrán las composiciones exceder de 100 versos como máximo.

3.^a La composición premiada será leída por su autor ó persona en quien delegue, en el festival que á beneficio de la caja de la Cruz Roja, se ha de celebrar en esta Capital, organizado por el *Heraldo Mercantil*.

4.^a Las composiciones se remitirán en sobre cerrado, con un lema, y en otro sobre el mismo lema y el nombre del autor. Irán dirigidas al Director de este periódico y expresarán que son «para el concurso».

El plazo de admisión expira el 15 del próximo Abril á las doce de la noche.

5.^a El jurado calificador lo compondrán. El señor Director de la Academia de Administración militar; el señor Director del Instituto; el Catedrático de Literatura del mismo centro; Presidente de la Cruz Roja, los Directores de nuestros colegas locales: *El Diario de Avila*, PROSA Y VERSO, y el señor D. Joaquin Albi de Paz.

6.^a *Heraldo Mercantil* publicará aquellas poesías que sin haber obtenido el premio lo merezcan á juicio del jurado. Auxiliará á éste como Secretario sin voto, el redactor del *Heraldo Mercantil* D. Fernando Alvarez.

La Redacción de PROSA Y VERSO, felicita sinceramente al Diputado por esta Capital, el Sr. D. Salvador Canals, por la nutrida votación obtenida en la elección celebrada el domingo último.

Hemos oído decir que muy pronto comenzará á publicarse en esta capital, un periódico mensual, dirigido por un distinguido y joven escritor, que forma parte de la redacción de uno de los periódicos diarios.

De confirmarse el rumor, desearemos obtenga aquél el éxito á que es acreedor, por los merecimientos de su propietario.

pedidos del último número de PROSA Y VERSO, que está agotada la tirada, y por consiguiente, no podemos complacerles en sus deseos.

A las cuatro de la tarde del día de ayer, falleció en esta ciudad, á los cuatro años de edad, la niña Teresa González, hija de nuestro distinguido amigo el conocido industrial D. Emiliano González Rovina, á quien, así como á toda su familia, enviamos nuestro sentido pésame.



M. P.—Zaragoza.—Recibida su carta, entiendo como V., que ya no sería de oportunidad publicar la autobiografía. No obstante, estoy á sus órdenes.

A. de T.—Avila.—En mi poder su retrato y autobiografía, dándole gracias por todo.

Segurita.—Avila.—Mande su verdadera firma.

H. H.—Palencia.—No puedo complacerle y lo siento.

Telesforo.—Madrid.—Como no haga usted otra cosa mejor, me parece que tardará en ver su firma en PROSA Y VERSO.

El Hijo del Fantasma.—Avila.—No sea V. guasón y déjese de bromitas.

S. G.—Madrid.—Lo mismo en verso se publicaría.

C. A.—Segovia.—Recibido el importe de la suscripción.

T. T.—Valladolid.—No tiene arreglo el romance. Mande otra cosa.

S. G.—Madrid.—El hablar mal de las suegras ha pasado de moda.

J. L.—Madrid.—Queda hecha la suscripción. Gracias por su envío.

P. B.—Palencia.—Remita el libro y veremos si se le puede complacer.

EL CARTERO.

Advertimos á las personas que nos han hecho